

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO III
NUM 104

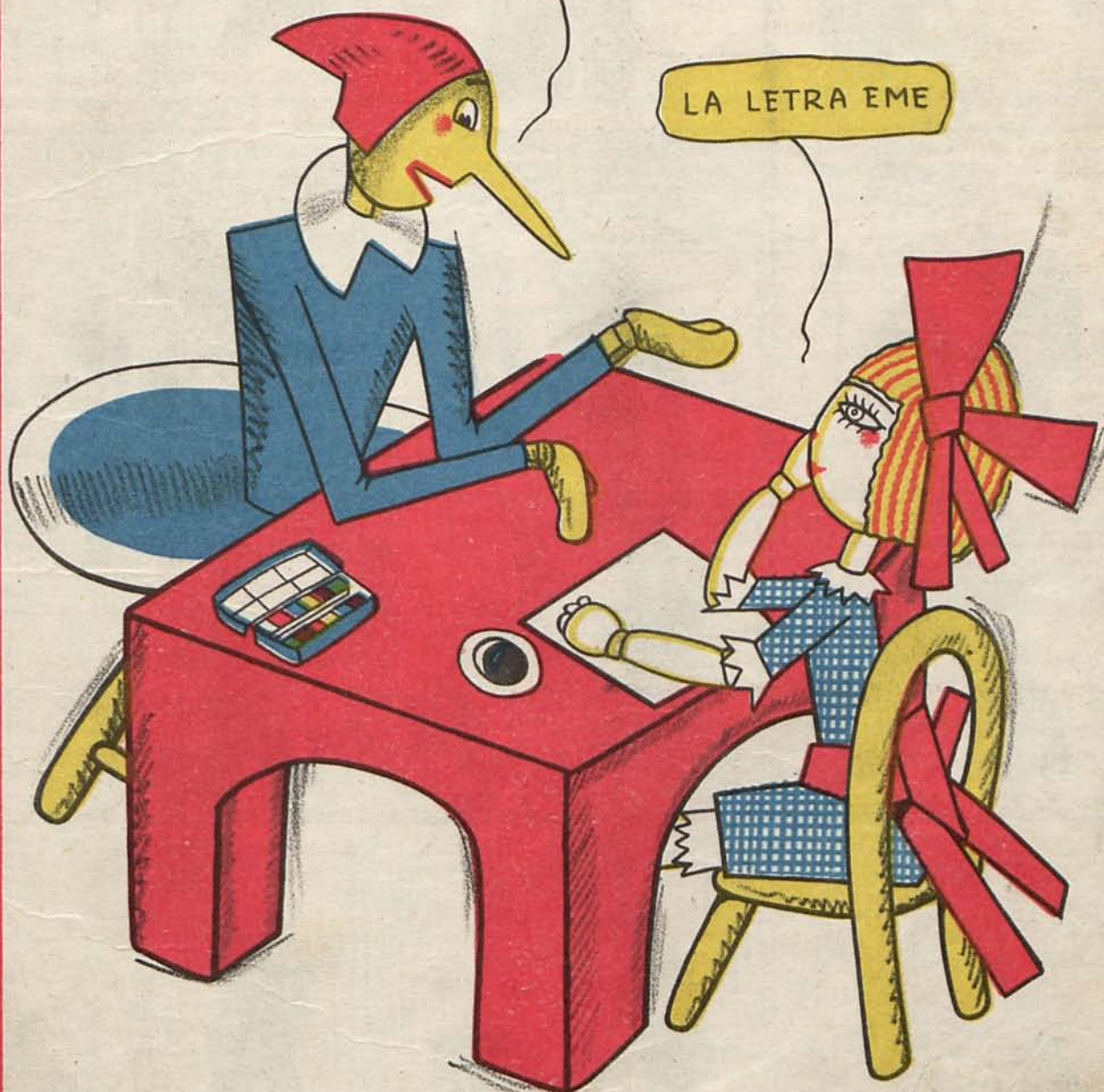
40 Cents.

13 FEBRERO
1927

VAMOS A VER PIRULA TU QUE
ERES TAN LISTA ¿QUE COSA
SE PUEDE VER UNA VEZ EN
UN MINUTO DOS EN UN MOMENTO
Y NUNCA EN UN AÑO?

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

LA LETRA EME



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.- ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.- SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAISES AÑO 30 PESETAS.



DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO



PROGRAMA
PARA HOY

EL
MONJE
FANTASMA

Sensacional

GRAN CINE



El castillo de Heathsyde se destacaba contra el firmamento oscuro del crepúsculo, apareciendo pintoresco en medio de su lobreguez, como si estuviese allí en aquel lugar aislado, meditando sobre los secretos y leyendas de sus pasadas centurias.

Por la carretera que a él conducía iba un potente automóvil de seis cilindros guiado por el famoso detective Paddy O'Darrel; acompañaba a éste su ayudante Bob Smithers, y en el asiento de atrás iba echado *Trailer*, el magnífico sabueso, cuyo penetrante olfato ayudaba no pocas veces a llevar a feliz término los casos en que intervenían los detectives.

Aquella mañana había recibido Paddy un telegrama urgente de Rupert Harbruck, el dueño del castillo, para que fuera allá inmediatamente; pero el detective no sospechaba con qué clase de asuntos tendría que habérselas.

—Alguien viene... Debe ser el propio Mr. Harbruck.

Paddy detuvo el coche junto a la puerta principal de la casa, que estaba abierta, y por la que se veía un hermoso hall alumbrado mortecinamente. Al encuentro de los detectives vino un muchacho joven de aspecto simpático. Era, efectivamente, el dueño del castillo de Heathsyde, y como tal se presentó a O'Darrel y a su ayudante.

—Magnífico castillo —observó Paddy.

—Sí; y muy extraño por cierto. Tengo esperanzas de no poseerlo mucho tiempo.

—¿Pues qué le pasa con él? —preguntó Bob.

—¡Ah! ¡Eso es precisamente lo que deseo averiguar! —contestó Rupert Harbruck encaminándose hacia el hall; éste era enorme, con el techo abovedado y unas escaleras monumentales que terminaban en lo alto por un corredor. Como la luz del hall no era bastante para alumbrarlo todo, la parte alta de la escalera quedaba envuelta en sombras.

—Por ese corredor he visto andar un monje... que no sé si es de carne o... (aquí bajó la voz) en espíritu; por eso les he mandado llamar.

—¿Y ha visto alguien más que usted esa figura? —preguntó O'Darrel. —No me atrevo a llamarlo fantasma, porque yo no creo en esas cosas.

—No, soy yo el único que lo ha visto; pero esto no es extraño puesto que en esta casa vivo yo solo, sin más compañía que Roger Waine, un criado que tenía mi tío y que estuvo al cuidado de esta finca durante el tiempo transcurrido desde la muerte de aquél hasta que yo vine, hace unos quince días, a tomar posesión de ella. Pero pasen ustedes al comedor, y mientras les cuento la historia pueden tomar algo.

Y los pasó a un comedor espacioso al que se entraba desde el hall. *Trailer* entró también detrás de ellos, pues ya había hecho amistades con el dueño de la casa. Tocó éste un timbre y apareció en la puerta un hombre delgado, de media edad, que se quedó un tanto sorprendido al ver que su amo tenía huéspedes. Rupert Harbruck dijo a Waine que sirviera algunos fiambres, y en seguida empezó a contar la historia.

—Como les digo, he heredado esta casa de un tío mío y vine a instalarme en ella hace quince días; antes de venir yo, estaba encargado de esto Roger Waine, y él y yo somos los únicos habitantes de esta casa. Mi objeto al venir aquí era vender la finca, pero habiendo duendes o cosa parecida en ella no puedo hacerlo...

—¡Claro que no! —convino Paddy.

—En estos últimos días, varias veces me ha parecido oír ruidos extraños, pero anteanoche, ya bastante tarde, estando yo aquí sentado fumando la pipa antes de acostarme, oí un ruido como si anduviera alguien por el hall; salí corriendo y me encontré, paseando por el corredor que hay en lo alto de la escalera, un monje con la capucha puesta.

—¡Qué extraño! —exclamó O'Darrel— ¿Dónde estaba Roger a esa hora?

—En la cama. Subí corriendo las escaleras, pero el monje desapareció metiéndose por un pasillo que termina en una pared ciega. Sin embargo, cuando yo llegué allí ya no estaba.

—¿Miró usted a ver si había dejado por el pasillo huellas de pies?

—No se me ocurrió hacerlo hasta la mañana siguiente, pero ya Roger había barrido y encerado el pasillo antes de que yo me levantara, así que no hubo posibilidad de encontrar la menor señal.

En aquel momento entró Roger Waine en el comedor trayendo unas viandas que puso encima de la mesa; luego, mientras su amo continuaba el relato, estuvo trajinando en el aparador.

—Pero no cabe duda que ustedes, como detectives, conseguirán descubrir el misterio del monje.

En aquel momento se oyó un estrépito como de platos que se rompen y Roger balbuceó agachándose a recogerlos:

—Usted perdone, señor; pero es que se me ha caído una fuente.

—Está usted nervioso, ¿eh, Waine? —preguntó Paddy sonriendo—. ¿También ha visto usted la figura del monje?

—No, señor; yo nunca he visto ningún duende de esos, a pesar de que llevo aquí muchos años.

—Pues bien, Mr. Harbruck, quisiera que me enseñara usted las habitaciones que hay a lo largo de este corredor —dijo Paddy.

—Precisamente tengo un plano de la casa, hecho por mí tío; iré a buscarlo para que usted se dé cuenta mejor.

Levantóse de la mesa Mr. Harbruck y salió del comedor; los detectives oyeron los pasos de él al subir las escaleras; de pronto sintieron ruido como de alguien que corriera, un grito ahogado y un golpe a lo lejos. Paddy y Bob se pusieron en pie de un salto mirándose uno al otro. Roger se adelantó a salir el primero y junto a la puerta se detuvo a enredar con el manillar.

—¡Quítese usted del medio, hombre! —gritó Paddy impacientemente empujándolo para un lado.

El criado balbuceó no sé qué palabras y cayó de bruces, desmayándose precisamente a la puerta del comedor. Levantáronle entre Paddy y Bob y le colocaron en un sofá. En seguida salieron al hall, subieron las escaleras y fueron por el corredor, dieron la vuelta en un pasillo lateral hasta llegar a unas escaleras de caracol, por las cuales se salía del edificio.

¡Pero Rupert Harbruck había desaparecido!

Las huellas verdes



sto es el colmo! —exclamó Bob.

—Es un misterio con todas las de la ley —afirmó Paddy inspeccionando a su alrededor con la linterna eléctrica—. Alguien fué andando por el pasillo pues allí las huellas cesan; vamos abajo a ver cómo sigue Waine.

Bajaron al comedor y sorprendieron al criado escuchando desde la puerta.

—Su amo ha desaparecido, y usted está enfermo, así que váyase a la cama.

—Yo ya estoy bien, señor. ¿Pero de verdad ha desaparecido el señorito?

—Sí; pero no tenga usted miedo, que ya le encontraremos, pues para eso somos detectives. Váyase a la cama porque se halla usted muy agitado y tenemos que velar por su salud. A ver, condúzcanos usted a su cuarto.

El criado fué delante de ellos hasta el extremo del pasillo, donde había otra escalera; siguiéronle por allí hasta el primer piso, en el que les mostró su cuarto.

—Aquí es donde yo duermo, señor.

—Muy bien; pero como no queremos que usted desaparez-



ca lo mismo que su amo, vamos a cerrarle con llave y así quedará usted seguro.

Y Paddy cerró la puerta con llave y se guardó ésta en el bolsillo. Luego bajaron el y Bob otra vez al hall.

—¿Sospecha usted de Waine, jefe?

—En efecto, hijo mío. Verás qué es lo que me figuro yo que debe ocurrir aquí. Por algún motivo que ya descubriremos, hay un individuo que entra en esta casa, por la escalera de caracol que comunica con el foso, disfrazado de monje. Pasa por el corredor y se oculta en alguna cámara secreta que debe de tener esta casa. Sospecho que Waine sea cómplice suyo porque fijate cómo se apresuró a barrer y a encerrar el comedor de modo que no se notasen las huellas del disfrazado. Fijate también lo nervioso que se ha puesto y cómo dejó caer la fuente al oír que nosotros éramos detectives; y a no ser porque el servirnos a nosotros le tuvo ocupado en el comedor, seguramente hubiera prevenido a sus cómplices.

—Y por supuesto, jefe —interrumpió Bob—, el des mayor no fué más que para impedirnos salir del comedor.

—¡Naturalmente! Estaba tan desmayado como tú y como yo. Harbrook se habrá encontrado inesperadamente con el monje y éste debe de habérselo llevado a la cámara secreta.

—Entonces, ¿cree usted que el monje permanece en la casa todo el tiempo?

—Así me lo figuro y trataremos de cogerlo cuando salga. He encerrado a Waine en su habitación para que no pueda comunicar a su cómplice que hay detectives dentro de casa. Ahora ven conmigo, Bob.

Y Paddy volvió a subir las escaleras y fué por el pasillo abovedado hasta la escalera de caracol; bajaron por ella yendo a salir a un puente que cruzaba el foso; éste no tenía agua entonces.

—Tú y Trailer os quedaréis aquí en acecho, y si ves salir a algún hombre de la casa, haces a Trailer que se tire a él y tú tocas el silbato.

—Está bien, jefe.

Y Paddy volvió al corredor. Allí sacó del bolsillo un paquete de polvos blancos, con los cuales roció todo el corredor y el pasillo lateral. Luego tuvo buen cuidado de no pisarlos porque aquellos polvos, al pisarlos, se volvían verdes; y con este procedimiento, el detective podía fácilmente descubrir quién era el que había pisado sobre ellos. Hecho esto, bajó silenciosamente las escaleras y, acurrucándose en un sitio sombrío del hall, esperó allí pacientemente.

Al poco rato, todos sus sentidos se pusieron alerta porque acababa de oír un rumor lejano, y acto continuo presencié un espectáculo que hubiera alarmado a otro que no lo esperara.

A lo largo del corredor se deslizaba una figura vestida de monje, con la cabeza oculta por una capucha. El monje andaba lenta y silenciosamente, hasta que desapareció por la bóveda que conducía a las escaleras de caracol. Paddy esperó un instante confiando oír los aullidos del sabueso y el silbato de Bob; pero no oyó ninguna de las dos cosas. Entonces corrió escaleras arriba, teniendo cuidado de ir por el borde del corredor y pasillo para no tocar en los polvos blancos, y salió al puente por la escalera de caracol. De entre las sombras surgieron Bob y el perro.

—¿No has visto pasar una figura vestida de monje?

—¡No! Por aquí no ha aparecido más que usted, jefe —respondió Bob sorprendido.

Contóle Paddy lo sucedido y, ordenándole que siguiera en acecho, volvió él al corredor. Con la luz de la lámpara eléctrica pudo ver unas huellas verdes que terminaban en los primeros escalones de piedra de la escalera de caracol.

—Más tarde me ocuparé de esto —se dijo Paddy, y siguió buscando las huellas verdes, que daban otra vez vuelta a lo largo del corredor y por el pasillo en el cual terminaban de nuevo junto a la pared. Paddy quedó convencido de que allí había una entrada secreta a alguna habitación. Golpeó la pared y vio que sonaba a hueco. Entonces comenzó a registrar hasta que sus dedos tropezaron con un botón oculto entre la

moldura del entrepaño. Oprimiéndolo, se oyó un clic y parte del maderamen se corrió para un lado, dejando al descubierto una abertura. El detective enfocó los rayos de la linterna hacia el interior de ella, encontrándose con una pequeña cámara, en el suelo de la cual yacía Rupert Harbrook atado de pies y manos y amordazado. En cuanto Paddy lo puso en libertad, Harbrook contó que al ver al monje había corrido detrás de él; que habían peleado los dos, venciendo el monje y encerrándole en aquella cámara secreta.

—Lo que no sé, es lo que se proponen con esto —añadió Harbrook.

—Pronto lo sabremos —dijo Paddy—. Y diciéndole que le siguiera, el detective volvió a la escalera de caracol en donde terminaban las huellas verdes. Examinando bien la pared, encontró un resorte que, al ser manipulado, hacía abrirse un trozo de la pared, dejando al descubierto otras escaleras que los dos descendieron asombrados; estas escaleras salían al foso, lo cual les explicó que Bob no hubiera visto entrar al monje. De allí fueron a reunirse con el ayudante.

—Escuche usted, jefe —dijo éste—. En el momento que usted acababa de marcharse, vi a una persona saltar por aquella ventana, la tercera del primer piso, y bajar agarrándose a la hiedra, y si usted no me hubiera ordenado que esperara aquí, la hubiera seguido.

—¿Cómo! ¿Si esa es la ventana de Roger Waine! —exclamó Harbrook.

—¡Magnífico! A Waine le ha entrado el miedo y ha ido a prevenir del peligro a su cómplice; espere usted un momento.

Y Paddy entró otra vez dentro de la casa y volvió en seguida, trayendo consigo algunas ropas que dijo había cogido en el cuarto de Waine. Mandó a Bob que las llevara al sitio por donde le había visto descolgarse y allí que se las diera a oler a Trailer.

El sabueso estuvo un rato moviéndose de un lado para otro hasta que echó a correr siguiendo con avidez la pista del criado. Los tres hombres le siguieron hasta llegar a una cueva que había a un lado de la excavación y dentro de ella vieron una luz tenue. Entraron Paddy y Bob

silenciosamente, descubriendo en el fondo a dos individuos, uno de los cuales era Roger Waine y el otro un desconocido que llevaba todavía puesto el hábito de monje. Junto a ellos tenían dos sacos grandes llenos de objetos.

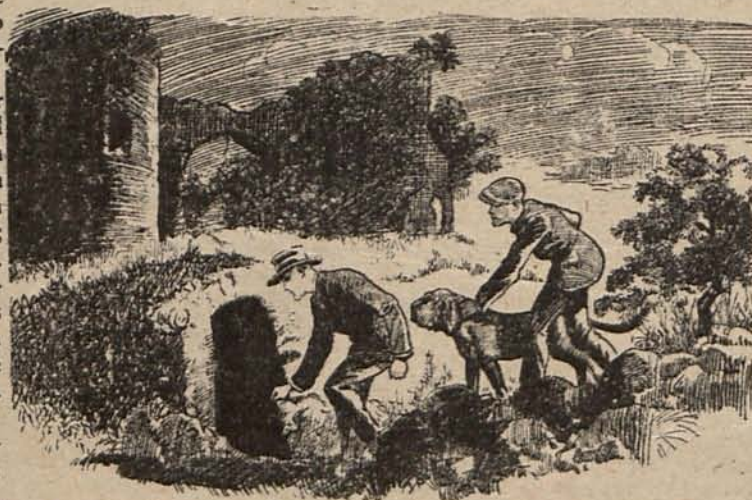
Al entrar los dos detectives en la cueva, Waine y su compañero se quedaron completamente desconcertados y trataron de luchar, pero el sabueso pronto les hizo entrar en razón.

—¿Waine! ¿Qué significa esto, canalla? —exclamó Harbrook.

El criado no tuvo más remedio que confesar. El y su compañero, en otro tiempo jardinero de la finca, habían descubierto la cámara secreta que contenía vajilla y objetos de oro. Descubrieron también la entrada secreta desde el foso y por allí se habían ido llevando, poco a poco, parte del tesoro, valiéndose del disfraz de monje para ahuyentar a cualquiera que los viese.

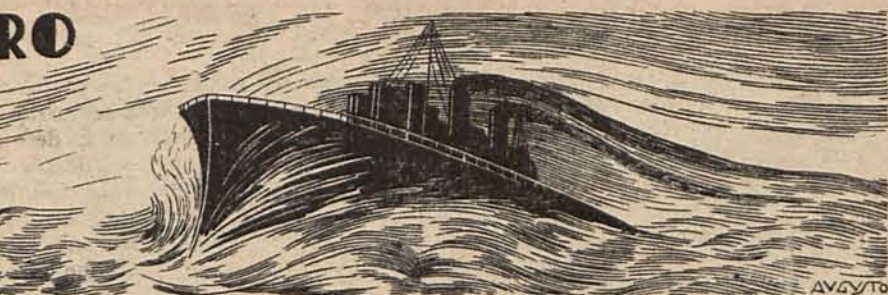
Rupert Harbrook se hizo cargo de todos aquellos objetos que le pertenecían y perdonó generosamente a los dos ladrones, a condición de que desaparecieran inmediatamente de aquel pueblo, cosa que ellos se apresuraron a hacer.

Y como recuerdo del caso misterioso del monje, Paddy posee un vaso de oro de los que estaban guardados en la cámara secreta.



EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación.)

En aquel momento se le acercó Mop y le saludó con insólita seriedad.

Hacemos observar esto porque el ex inquilino de las cárceles inglesas estaba, aun en los trances más apurados, de un inalterable buen humor, siguiendo la máxima —ya sabemos que las máximas eran su punto fuerte— de que el mejor filósofo era aquel que se reía aun en la cara de la señora Muerte.

—¿Qué hay? —le preguntó Alberto con visible ironía— señor bribón. ¿Qué habéis hecho de vuestros protegidos?

—Miss Ellen duerme y sonríe durante el sueño —respondió muy serio el antiguo ladrón—. Aquella desgraciada jovencita tiene, seguramente, algún hermoso sueño de color de rosa...

—Oh, si no me engaño, usais frases poéticas.

—Señor, pensad como gustéis, pero así es; en presencia de la inocencia me siento desconcertado y caigo en una encantadora imbecilidad.

—Diablo, el mal es grave, según parece.

—Uhm, pienso que cuando se despierte...

—¿Quién?

—Miss Ellen, ¡qué demonio!

—Bueno, ¿qué?

—¿Qué le vamos a decir de su padre?

—No os preocupéis de ello.

Mop inclinó la cabeza y suspiró:

—Comandante —dijo con cierta timidez—, os quisiera proponer una cosa.

—¿A saber?...

—Esta: perdonad a aquél hombre.

Alberto Wendover agarró al atrevido joven por los brazos como unas tenazas y le soltó sobre la misma cara estas palabras:

—Mop, yo era un hombre honrado y feliz; ahora soy un miserable y un desgraciado.

Recordadlo.

El ex ladrón inclinó la cabeza.

—No se hable más de ello —repuso con un nuevo suspiro—. Decidme, si no os parece mal, ¿qué pensais de Patrick?

—Patrick... ¿quién es Patrick?

—El marinero salvado juntamente con el capitán Davy.

—¿Es irlandés?... El nombre parece indicarlo.

—Sí, es irlandés.

—¿Habéis hablado con él?

—Le he dejado hace poco; estaba muy impresionado por el grito que se oyó.

Es astuto y ha adivinado que una trágica relación existe entre vos y su capitán.

Quería a toda costa salir del camarote, jurando que antes se dejaría matar que consentir se tocara a un pelo de miss Ellen o de su padre.

—Se lo habéis impedido, claro es.

—Sí; a duras penas he podido convencerle de que aquel grito había sido proferido por uno de los heridos que están en la enfermería.

Alberto se dió una palmada en la frente.

—Mop —dijo—, vuestras palabras han sido providenciales, pues me han hecho recordar que aún tengo un triste deber que cumplir. Venid conmigo.

Ambos descendieron a la batería y entraron en el hospital; una veintena de heridos yacía sobre lechos colocados en fila, en su mayoría durmiendo o, por lo menos, reposando bajo la vigilancia de varios marineros convertidos en enfermeros.

Del hospital, Mop y el comandante pasaron a una estancia contigua.

Un lúgubre espectáculo les aguardaba allí.

Colocados sobre seis tablas yacían tendidos seis cuerpos humanos metidos en una especie de saco de paño negro señalado con un número.

Atada a los pies de cada uno de los cadáveres se veía una bala de cañón; únicamente iluminaba la estancia una linterna rojiza que proyectaba sobre tales féretros una luz oblicua e impresionante.

Mop hizo una mueca; a despecho de todas sus máximas, no tenía el menor deseo de reír.

Alberto Wendover permaneció algunos instantes en la cámara mortuoria, luego salió y dió algunas breves órdenes a los marineros de la dependencia.

Poco después, una trompeta daba el toque de combate e inmediatamente toda la tripulación formó sobre el puente en orden de batalla, armados de fusil, revólver y hachas de abordaje.

El comandante hizo formar a sus hombres en dos filas e inmediatamente ordenó, saludando con su espada desenvainada:

—¡Presenten armas!

Por la escotilla de las baterías salieron los seis féretros, uno detrás de otro, sostenido cada uno por dos marineros y acompañados de un tercero que llevaba la bala de cañón.

Pasaron por entre las dos filas y se detuvieron junto a una de las aberturas de la borda.

Entonces Alberto hizo que un marinero le entregara un pequeño libro negro, diciendo con voz conmovida:

—Adiós, mis valientes; si en vuestra vida hubo alguna culpa, vuestra muerte por una santa causa la ha pagado, convirtiéndoos en seis mártires de la pobre Irlanda.

Descended al mar; las olas, cerrándose sobre vosotros, borrarán toda señal de vuestra tumba y ningún inglés vendrá a turbar la eternidad de vuestro sueño.

¡Compañeros, saludemos una vez más al valor infortunado!

La espada del comandante se movió como un relámpago, saludando, y uno a uno los seis féretros se deslizaron fuera de la borda, cayendo, con sordo ruido, en el océano y siendo inmediatamente arrastrados al fondo por el peso sujeto a los pies de cada uno.

Durante la lúgubre ceremonia, el crucero había seguido su marcha sin disminuir la velocidad.

Los seis cadáveres iban quedando, de tal modo, en el abismo a corta distancia uno del otro, alineándose en el fondo como en un cementerio.

Cumplido el triste oficio, todos los marineros que no estaban de servicio se retiraron y Alberto Wendover se metió en su camarote.

Sentóse junto a un pequeño escritorio sujeto a la pared de tal modo, que siempre quedaba inmóvil y nivelado a pesar de todo movimiento; tomó una hoja de papel apergaminado muy resistente y comenzó a escribir las extrañísimas líneas que siguen, bajo este encabezamiento:

«COMITÉ SECRETO DE LA ASOCIACIÓN DE LOS FENIANOS
A bordo de *El Crucero sin nombre*.»

«Al Gobierno de Inglaterra.

»Hoy, 6 de marzo de 1885, poco antes de la puesta del sol, en pleno Océano Pacífico, la fragata inglesa *Newcastle*, después de breve combate, fué echada por mí a pique, sin que nadie estuviese presente, salvo la tripulación de la nave, para poder decir nada sobre su desaparición, por lo que el Gobierno inglés se apresurará a atribuirlo a un siniestro ordinario.

(Continuará en el número próximo.)

DE LA COLECCIÓN
SALGARI:

El rey de los cangrejos. Un tomo.
Los Naufragos del Liguria. Un tomo.
Devastaciones de los piratas. Un tomo.

CADA TOMO,
1,25 pesetas.



HAICAR EL VISIR SABIO Y NADAN EL VISIR INGRATO

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—Abicam —le dijo—, antes de satisfacer a la demanda de Sinharib exijo la construcción del palacio que yo tengo reclamada y que tú te has comprometido a levantar. Cumple tu obligación; según lo que tú hagas, será mi respuesta.

—Dígnate, señor, señalarme el emplazamiento que has escogido para este efecto —contestó Abicam—. Aunque esta maravilla no debe de tocar la tierra, tendrá con ella puntos de correspondencia que conviene determinar. Es preciso entregar un plano al arquitecto que me acompaña, y que tiene órdenes de conformarse en todo a tus ideas. Hay que reunir los materiales en un terreno que esté al alcance de tus obreros, quienes deberán ponerlos en manos de los míos.

—Yo no quiero —respondió el rey— más que un pabellón de cien pies cuadrados bajo una cúpula de elevación proporcionada, rodeado de una terraza de veinte pies de circunferencia, protegida por una balaustrada de tres pies y medio de alta. Quiero que del pabellón baje una escalera que se aproxime a la tierra, de forma que se pueda poner en ella el pie con toda comodidad al bajar de un camello. Este pabellón, cuyo exterior tendrá los adornos que sugiera a tu arquitecto su fantasía, estará a una distancia de ciento cincuenta pies de tierra, enfrente del collado sobre el que has levantado tu campamento. Dentro de cuatro días tendrás dispuestos los materiales necesarios para la construcción de cuatro edificios semejantes y los obreros prontos a ponerlos en manos de los tuyos; pero acuérdate bien de mis condiciones.

—Tendré el honor de recordártelas, señor —replicó Haicar—, si es que lo escrito puede ser olvidado. De aquí a cuatro días serás testigo de la ejecución completa de todos tus deseos.



A precisión y la sangre fría de las respuestas de Haicar concluían por confundir a Faraón. El no dudó que tenía que habérselas con un potente mago, y en cuanto el embajador asirio se retiró, mandó el rey venir al colegio a los sacerdotes de Osiris y de Anubis para consultarlos. En seguida estuvieron en su presencia.

El les expuso el embarazo en que había creído poner a Sinharib y las vacilaciones que le habían atacado así que había visto que sus proposiciones eran aceptadas.

—Este rey —les decía— me ha enviado un sabio astrólogo que adivina todos mis pensamientos. Lejos de ser oscuro, como lo suelen ser toda esta clase de gentes, esclarece mis ideas y me las presenta más netamente que a mí se me habían ocurrido. Vosotros, que sois sabios en todas las ciencias, ¿podéis decirme qué clase de hombre es este? ¿De qué género son sus conocimientos? ¿Con qué recursos cuenta para construir ante mi vista un palacio en el aire, cuyo plano se le acaba de dar, con mayor seguridad que podría tenerse para la construcción de la casa más sencilla de la tierra?

—¡Señor! —respondió el más anciano de los sacerdotes—. Desde que Abicam está en vuestra corte, hemos tratado por todos los medios imaginables de descubrir la naturaleza de su constelación. Hemos presentado la escuadra a todas las que componen el zodiaco, sin encontrar jamás la estrella que lo dirige; hemos llegado a sospechar que reside en un cielo superior al que nosotros podemos observar y conocer. El ha salido de los poderosos magos de la Caldea, y acaso sea uno de ellos. Pero por muy consumado que sea en su arte, le será imposible realizar nada por los recursos de la naturaleza, ofrecer las apariencias de la ilusión, si tres de nosotros solamente se oponen al empleo y al desarrollo de sus medios. Nos trasladaremos al lugar señalado el día en que vayan a construir el palacio, y dudamos mucho que sus obreros, si es que los tiene, resistan el fuego penetrante de nuestras miradas y el conjuro de nuestra magia.

Este discurso tranquilizó al rey, quien ordenó que todo estuviese listo sobre el terreno designado para concurrir a la construcción del palacio: cuatro mil etíopes, seiscientos carros, cien elefantes, y los más hábiles obreros de Egipto se pusieron en movimiento para allegar los materiales necesarios.

Haicar y Asfagni observaban estos preparativos sin in-

quietarse: los medios que iban a emplear eran tan sencillos que no debían de temer acerca de su resultado.

Transcurrió el plazo: un heraldó vino a advertir a Haicar que el rey de Egipto lo esperaba en palacio; el enviado de Asiria fué al momento a la presencia del soberano.

—¡Oh Abicam! —le dijo Faraón—. Todo lo que pediste se ha cumplido: en el lugar indicado está ya todo lo que puede necesitarse para construir un palacio entero. ¿Están los obreros de Sinharib en condiciones de poner manos a la obra?

—No han esperado para empezar más que un signo de tu voluntad —respondió el embajador—; y si de aquí a una hora quieres dígnate ir al lugar prefijado, tus deseos serán satisfechos; yo vuelvo a mi campamento para acelerar los trabajos.

Otro nuevo motivo de admiración para el monarca egipcio. Abicam era hombre que jamás parecía desconfiar de sus recursos. El rey ordenó que se prepararan cien carros inmediatamente para dar a su corte medios de gozar de un espectáculo tan raro; a este cortejo se unieron los sacerdotes; un tropel inmenso del pueblo del Cairo seguía al rey y a sus ministros.

Haicar y Asfagni esperaban a Faraón, armados y rodeados de toda su escolta; el embajador se había puesto a la cabeza y tenía un aspecto temible. Los cuatro elefantes, con sus torres adornadas de banderolas, estaban delante; los *rojs* y sus conductores, cada cual en la suya, y no esperaba más que las señales que debían obedecer. Así que Haicar divisó el carro de Faraón hizo subir a Asfagni en su torre y mandó que tocara la música; él partió a galope para salir al encuentro del soberano.

Al ver correr un caballero con tanta ligereza y con tal marcialidad, jamás el rey de Egipto hubiera imaginado que fuese el embajador de Asiria; éste se apeó y acercóse a prestar su homenaje al monarca.

—¿Cómo? ¿Eres tú, Abicam? —preguntó el rey—. ¿Cómo puedes aligerarte del peso de los años mostrando tanta gracia y vigor como antes has mostrado sabiduría?

—¡Señor! —respondió Haicar—. Tu majestad realza demasiado las débiles ventajas que cree ver en Abicam; todo ello es efecto de la noble emulación que el gran rey mi señor sabe inspirar a sus ministros... Pero no retardemos más el cumplir los compromisos que él ha contraído contigo; mis obreros están dispuestos; ya tarda para ellos satisfacer tu impaciencia, darte prueba de su celo y de su destreza, y sólo esperan tu orden.

—¡Que comiencen! —dijo Faraón.

Haicar se presentó al lado de los elefantes; hizo con la mano una señal; ante ella desaparecieron las mallas que cubrían las dos torres. Una mujer apareció y se elevó en la torre; iba vestida a la moda asiria, con un traje de púrpura estrellado de oro; ondeaba el viento un velo de gasa, que caía de lo alto de una tiara enriquecida de diamantes, que luchando con los rayos del sol parecían disputarles su brillo; sus ojos vivos y penetrantes no miraban una sola vez que no lograsen someter a su voluntad a cuantos veían; el carácter de sus facciones pintaba a la vez el orgullo y las gracias de su sexo. Hizo tres signos en el aire con su varita mágica y con voz inteligible y firme, pronunció estas palabras:

—«Humildes esclavos del poderoso rey Sinharib. ¡Obedeced a las órdenes del gran rey Faraón!»

Al instante se oyó un gran ruido; los *rojs*, saltando de sus torres, elevaron a lo más alto de las nubes a dos criaturas bellísimas: los niños conductores de los pájaros. Guirnalda de flores, cuyo vivo resplandor hacía resaltar el de su tez, ceñían sus hermosos cabellos abandonados al viento como si fueran alas. Sus vestidos de gasa brillante, dóciles a las leyes del movimiento, figuraban a su alrededor un círculo luminoso y matizado de diversos colores, semejante al arco iris. Tenían en la mano una paleta o llana de oro que manejaban con soltura; la sonrisa ingenua que animaba su fisonomía daba testimonio de que se entregaban sin temor al elemento que iban a recorrer.

La sorpresa impidió de momento a Faraón y a toda la multitud pronunciar palabra; pero pronto se les escapó un grito de admiración, lo mismo que al séquito de Haicar, a quienes aquellos misterios eran desconocidos. Los oficiales de la guardia egipcia se aproximaron a los de Haicar, preguntándoles:

(Continuará en el número próximo.)

EL HOMBRE DE LOS BOSQUES

— POR EMILIO SALGARI —

PANGANI era una pequeña factoría del protectorado alemán, en la costa de Zanzibar, situada a orillas del Rufidji, un río importante que vierte sus aguas en el Océano Atlántico después de tortuoso y larguísimo curso.

En 1896, aquella factoría había alcanzado una cierta importancia por estar situada en el camino que siguen las caravanas que desde la costa se dirigen a los grandes poblados del Maingi, en donde los comerciantes alemanes adquieren grandes cantidades de marfil, goma y aceites y esencias vegetales.

Se componía sólo de doscientas o trescientas cabañas, habitadas por negros dedicados por completo al comercio, y de un fortín, defendido por un sargento, veterano de la guerra de 1870, y cuatro soldados, guarnición suficiente para tener a raya a los habitantes que, por otra parte, no habían dado lugar jamás a represiones violentas. La pequeña colonia aumentaba en importancia todos los meses, con tendencia a convertirse en una de las más florecientes del protectorado alemán cuando un suceso imprevisto llevó la turbación entre sus habitantes y detuvo repentinamente su desarrollo, amenazando la con una completa ruina.

Una noche de agosto, un negro que tenía fama de fortaleza de espíritu y había dado numerosas pruebas de poseer verdadero valor, al regresar de la cosecha de los frutos del *elasy*, de los cuales se saca un aceite muy apreciado de los colonos alemanes, al atravesar un bosque de palmeras, encontró de improviso frente a un hombre de estatura gigantesca, armado de un enorme cuchillo, y que parecía estar en acecho junto al tronco de un sicomoro.

A causa de la profunda obscuridad que reinaba en el bosque, el negro no había podido fijarse bien en él, y el miedo experimentado fué tan grande, que llegó a la factoría más muerto que vivo, después de una frenética carrera.

Aquel hecho, relatado en seguida a todo el mundo, había producido una turbación profunda entre los negros del poblado, que no eran menos impresionables ni menos supersticiosos que todos los demás habitantes del continente negro.

Las imaginaciones habíanse desbocado. Aseguraban algunos que Usafo (asi se llamaba el negro) debía haber encontrado al espíritu de la noche; sostenían otros que debía haber visto a algún brujo encargado de echar un potente maleficio sobre la factoría para destruirla; otros decían que no debía tratarse de un hombre, sino de un animal terrible llegado de países lejanos a devorar a los pobres negros de Pangani.

Advertido el comandante del fuerte, habíase limitado a encogerse de hombros y mandarles a la cama.

No obstante, la tranquilidad del sargento no había calmado el miedo de la gente del poblado, y al día siguiente quedó interrumpido todo comercio entre Pangani y los poblados del curso alto del río, con grave perjuicio de todos, y sobre todo de los colonos alemanes de la costa.

El sargento, no poco alarmado, para demostrar a los negros que Usafo había soñado, exploró el bosque en compañía de sus cuatro soldados sin encontrar nada sospechoso.

Sin embargo, dos días más tarde, la alarma espantóse de nuevo

por el poblado. Otro negro, desconocedor de lo sucedido, que regresaba a Pangani después de haber visitado unas lejanas aldeas, había encontrado al misterioso personaje en el mismo bosque, siempre armado de su enorme cuchillo, escondido detrás de un árbol, como si esperase a alguien.

Y lo peor fué que la misma noche desapareció una mujer del poblado, que al día siguiente fué encontrada a orillas del río estrangulada y con las uñas de las manos y pies arrancadas.

Walzer, el sargento, viendo que unas cuantas familias preparaban a dejar el poblado para refugiarse en la costa, y previendo que no tardarían otras en seguir su ejemplo, arruinando por completo la factoría, que había costado muchos sacrificios a los colonos alemanes, decidió a aclarar aquel misterio. Llamó a los dos negros que habían encontrado a aquel hombre terrible que se divertía en estrangular a las mujeres del poblado, para ver si lograba de ellos alguna explicación.

—¿Estás seguro, Usafo —le preguntó—, que era de veras un hombre?

—No podría decirlo con certeza —contestó el negro—; pero que se parecía a un hombre, estoy bien seguro.

—¿Y a ti, Timbo?

—preguntó al otro.

—A mí me lo pareció —dijo el otro negro—; pero tampoco pude verle bien, porque ya era de noche.

—¿Y no trató de atacaros?

—No —contestaron los dos negros—.

—¿No sería algún mono? —preguntó el sargento.

—Nunca hemos visto monos tan grandes —dijo Usafo—. Pero he oído contar una vez que en ciertos países del interior han visto monos grandísimos y tan temibles que no es posible hacerles frente.

—También yo lo he oído contar —añadió Timbo—. Les llaman hombres del bosque.

—Oídme. Os regalaré a cada uno de vosotros un cuchillo y una botella de aguardiente si consentís en conducirme mañana al bosque para enseñarme el lugar en donde

habéis encontrado a aquel hombre, en el supuesto de que sea un hombre.

Los dos negros titubearon un momento; pero, vencidos por el regalo prometido, aceptaron, aunque sintiesen palpar su corazón ante la idea de encontrarse de nuevo frente a aquel misterioso personaje.

Hicieron los preparativos para el día siguiente, y después se separaron. Además de los dos negros, el sargento ordenó que le acompañasen dos de sus soldados para prestarle ayuda, pues no tenía mucha confianza en Timbo y Usafo, cuyo valor había sufrido una desastrosa sacudida.

Al amanecer estaban los cinco prontos a ponerse en marcha, cuando oyeron unos gritos que salían de una cabaña situada en la orilla del río.

Dirigieron hacia allí y encontraron a un negro que lloraba desconsoladamente, arrancándose los cabellos y arañándose el rostro.

—¡Mi mujer! ¡El espíritu de la noche se ha llevado a mi mujer! —gritaba el desdichado.

—¡Esto es demasiado! —exclamó el sargento—. Ese ladrón, ese asesino tiene que caer en nuestras manos. Es preciso capturarlo o matarlo. ¿Cuándo se ha llevado a tu mujer?

—No lo sé, hombre blanco —contestó el pobre—. Tenía calor y





me había dejado para acostarse bajo el tejadillo, y esta mañana no la he encontrado.

—¿No la habrá robado algún leopardo?

—Habrá rastros de sangre, y no los hay.

—En marcha —dijo el sargento con voz resuelta—. Vamos a castigar al asesino.

Los tres blancos iban armados de fusiles de retrocarga, y los dos negros de viejos mosquetones que aún podían servir de algo.

Timbo y Usafo, asustados como nunca, andaban con paso inseguro, aunque tuvieran una confianza inmensa en los tres blancos y estuviesen seguros de que aquel ser misterioso no se atrevería a medir sus fuerzas con los hombres blancos.

Después de seguir unas cuantas horas la orilla del río, llegaron al lindero del bosque donde suponían que el espíritu de la noche, el brujo o el hombre de los bosques, había establecido su guarida. Era un verdadero bosque africano, lleno de sicomoros, de espesísima maleza, de lianas, de palmeras que no permitían andar de prisa.

Por otra parte, ninguno de ellos tenía deseos de echarse resueltamente en medio de aquella vegetación, entre la cual podía estar escondido el asesino, el estrangulador de las mujeres de Pagani, y de atacante convertirse de pronto en atacado.

Timbo y Usafo, que se habían puesto de la palidez de los negros, o sea de color de ceniza, andaban poco a poco, con los mosquetones apuntados, mirando arriba, abajo, a derecha y a izquierda, temblando cada vez que oían algún rumor o el más pequeño ruido de una rama al quebrarse.

Encontrábanse ya en lo más espeso del bosque, cuando detuviéronse ambos, diciendo al sargento:

—Allá, junto a aquella maleza, se ve una cosa negra.

—Vamos a ver —replicó el sargento poniendo el dedo en el disparador.

—No avances, hombre blanco —dijeron los dos negros con voz temblorosa.

—Un veterano que ha aguantado una carga de la caballería francesa, en Woert, no tiene miedo. Claro, vosotros no sabéis lo que pasó en Woert. Soldados, preparaos a hacer fuego —y diciendo esto avanzó y pudo ver, extendida junto a la maleza, una masa negra que asemejaba un cuerpo humano.

—¿Se habrá hecho justicia a sí mismo el asesino? —pensó el buen sargento—. Esto nos evitara la molestia de colgarlo. De pronto se paró, murmurando:

—¡Canalla! Es su segunda víctima.

Aquella masa era la mujer del pobre negro que una hora antes había interrogado.

La desdichada, una robusta africana, joven aún, había sido estrangulada como la otra, y le faltaban las uñas de las manos y de los pies.

La estrangulación debía haber sido terrible y cometida por un hombre dotado de una fuerza más que hercúlea.

El cuello de la víctima había sido retorcido, y el rostro expresaba un terror horrible.

Tenía los ojos espantosamente dilatados, la quijada destrozada de un puñetazo formidable o de un palo y en los labios aparecía una espuma sanguinolenta.

—El hombre que ha cometido este crimen debe estar dotado de una fuerza excepcional —dijo el sargento—. ¿No será algún loco?

El buen sargento empezaba a su vez a impresionarse, y hubiese preferido encontrarse en la carga de Woert antes que frente a aquel asesino.

Pero era un hombre que, cuando se le había metido una idea en la cabeza, quería verla realizada por completo, aunque tuviese que perecer en la contienda.

Llamó a sus dos soldados y a los negros y les dijo:

—La guarida de ese monstruo no debe estar lejana; por lo tanto, haced un llamamiento a vuestro valor y seguidme. Si regresamos al pueblo sin haberlo matado, mañana no quedaría ni una sola alma en él, y la factoría quedaría arruinada para siempre. Somos cinco hombres bien armados, y no hay hombre ni animal que pueda resistir a cinco disparos de fusil. ¡Adelante!

Los dos soldados habíanse puesto detrás del sargento. Timbo y su compañero, completamente aterrorizados, se habían detenido, mirando a los tres hombres blancos con un espanto imposible de describir.

—¿Es que tenéis miedo? —preguntó el sargento frunciendo el entrecejo.

—Hombre blanco —contestó Usafo—, nosotros habíamos prometido conducirte al bosque, y hemos cumplido la palabra. Pero te advierto que yo no daré un paso más y que me vuelvo al pueblo.

—Y yo también —dijo Timbo—. No se trata de luchar con un hombre, sino con el espíritu de los bosques, y no tengo ganas, por lo menos en lo que a mí se refiere, de dejar aquí mi piel.

—¡Cobardes! —exclamó el sargento indignado—. Nos quedare-

mos nosotros, ya que vosotros tenéis miedo, pues no creemos en los espíritus.

No valieron súplicas, ni amenazas, ni promesas de dinero. Los dos negros, que temblaban, volvieron la espalda y echaron a correr.

—Dejadles que se vayan —dijo el sargento deteniendo a los dos soldados, que iban a lanzarse tras ellos para detenerlos—. Nosotros, blancos, no tenemos sus supersticiones, y no regresaremos sin haber matado o cogido al asesino.

—Nosotros le seguiremos —contestaron los dos soldados.

Reanudaron la marcha, internándose en el bosque, cada vez más espeso. Había tanta maleza, que en ciertos momentos no sabían por dónde pasar.

Habían transcurrido apenas diez minutos desde que se separaron de los negros, cuando oyeron un tiro seguido de otro, y en seguida dos gritos agudos de personas que son estranguladas.

—¡Matan a alguien!

—gritó el sargento.

—¿Matarán a los negros? —preguntó un soldado.

—¡Vamos!

Y echaron a correr hacia el lugar donde habíanse oído aquellos gritos y aquellos dos tiros.

Habían recorrido cincuenta pasos, cuando el sargento tropezó con un cadáver que estaba junto a un inmenso árbol.

Era el de Usafo.

El pobre negro había sido destrozado de un modo horrible.

Una espalda arrancada, la piel del rostro le colgaba por debajo de la barbilla y tenía la cabeza aplastada.

El sargento y los dos soldados, aterrados, iban a inclinarse sobre el cadáver para examinarlo mejor, cuando oyeron a corta distancia un gemido lastimero.

—¡Socorro!

—¿Será Timbo? —preguntó el sargento después de echar una mirada en torno, por miedo de que el asesino también se les echase encima.

La misma voz lastimera dejóse oír de nuevo.

—¡Socorro! ¡Me mueren!

—Es Timbo —dijo uno de los soldados.

Detrás de una maleza encontraron tendido en el suelo al pobre Timbo.



(Continuará en el número próximo.)

¡SEÑOR JUEZ; ESTE PAVO
PROTESTA DE QUE SE CE-
LEBRE LA CENA Y
DE QUE LO
QUIERAN
GUIJAR
ESTOFA-
DO!

¡PUES QUE LO GUISEN
CON TOMATE!

JUEZ

COLORÍN Y SU PANDILLA

¡QUIERES VENIR
DE COMPRAS CON-
MIGO?

¡VA LO
CREO!

¡TOMA ESTE
LIBRITO DE
NOTAS PARA
TI!

¡GRACIAS!

¡MÁNDEME
EL PAVO EN
SEGUIDA! ¿EH?

¡LE HAS DADO LAS
GRACIAS POR EL
LIBRITO?

¡NO FALTABA
MAS! ¡EN EL VOY
A ANOTAR TODOS
LOS TANTOS QUE
GANARÁ MI EQUI-
PO DE FUTBOL!

ESTÁ BIEN, SEÑORITA,
DENTRO DE UN MOMEN-
TO TENDRÁ USTED SU PE-
DIDO EN CASA.
¡TOMA UN PLA-
TANITO MO-
NIN!

¡GRACIAS!

¡QUE! ¿ESTÁS CON-
TENTO DE HABER
VENIDO?

¡GLU, GLU,
GLU!

¡MÁNDEME A CASA UNA
TARTA DE ALMENDRA
Y OTRA
DE CO-
CO!

¡GLU,
GLU!

¡MUY BIEN SE-
ÑORITA. ¡TOMA
UN BIZ-
COCHI-
TO PARA
TI!

¡VES! TODO EL MUNDO
TE DA COSAS
PORQUE
ERES
BUENO.

¡GLU, GLU!

¡TODO SE LE ENVIARÁ
EN SEGUIDA! ¡ANDARICO
COGE UN
PUÑADO DE
NUECES!

¡QUIEN...
...VO?

¡ANDA, NOTE DÉ
VERGÜENZA!

SI LEES
A USTED
LO MISMO
PREFIERO
QUE ME LAS
DE USTED

BUENO, YO TE
LAS DARÉ. ¡PON
EL BOLSILLO!

¡GRACIAS!

¡VA PODRIAS HABER
COGIDO TÚ LAS NUECES
Y NO HABER
MOLESTADO
AL DEPENDI-
ENTE!

¡TU ERES
TONTA QUE
RIDA HER-
MANITA!

¿?
¡NO VES QUE
EL TIENE LA MA-
NO MUCHO MAS
GRANDE QUE
YO!

BRANIER



UNA DE LAS TRECE FILAS DE SOLDADOS QUE COMPOENEN LA MAGNÍFICA CAJA CON 268 PIEZAS
QUE PINOCHO REGALA EN EL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A SUS SUSCRITORES (2.º PREMIO)

Ayuntamiento de Madrid



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



LAURA, LA COTORRA INDISCRETA



POTIPÁN Y CAÑAMÓN



UNA DE LAS TRECE FILAS DE SOLDADOS QUE COMPOENEN LA MAGNÍFICA CAJA CON 268 PIEZAS QUE PINOCHO REGALA EN EL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A SUS SUSCRITORES (2.º PREMIO)

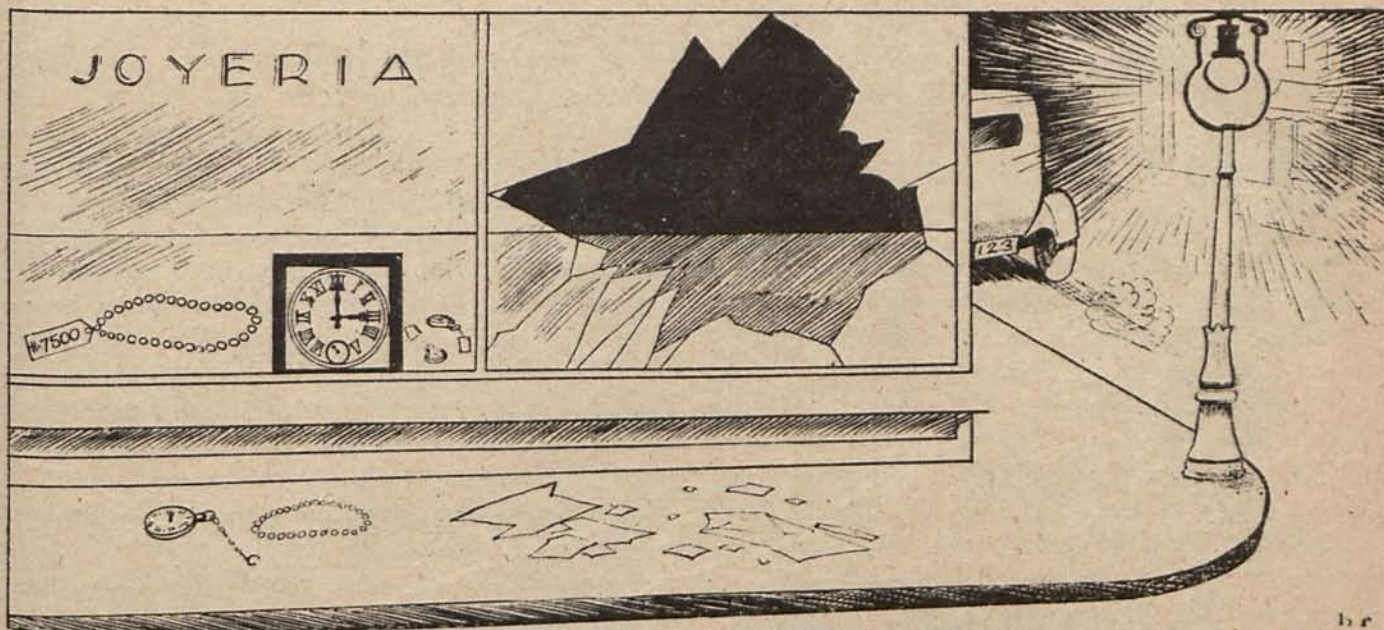
Ayuntamiento de Madrid

CONCURSO DE PASATIEMPOS

DEL MES DE FEBRERO DE 1927

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

SIGUIENDO UNA PISTA



Estaba Sherlock Holmes sentado en su despacho fumando una pipa, cuando se abrió violentamente una puerta y entró todo descompuesto un señor que, dirigiéndose al detective, le dijo: «Sr. Holmes, he sido robado. Yo soy joyero, y ayer unos ladrones rompieron la luna del escaparate de mi tienda y se llevaron varias joyas. Hice una foto del lugar del suceso en el momento casi de efectuarse el robo. Hela aquí»; y le mostró una fotografía, que es la que publicamos nosotros. Sherlock Holmes contempló la fotografía detenidamente y se hizo las siguientes preguntas para emprender una pista segura. «¿A qué hora fué efectuado el robo? ¿Fué precipitada la huida? ¿En qué dirección huyeron? ¿A qué hora fué hecha la fotografía? ¿Huyeron en el automóvil? Para vuestra tranquilidad os diré que los ladrones fueron descubiertos. Contestad atinadamente a estas preguntas y demostraréis tener tanto talento como Sherlock Holmes.

PROBLEMA DE LAS MONEDAS



Tomad cuatro monedas de diferente tamaño o valor; por ejemplo: una de 5 pesetas, otra de 2, otra de 1 y otra de 50 céntimos y colocadlas por este orden en el círculo número 1. El problema consiste en que con sólo 15 movimientos han de ser trasladadas las cuatro monedas al círculo número 3 y que queden en el mismo orden en que estaban en el círculo número 1 al empezar el juego. Es condición indispensable no colocar, durante los movimientos de traslado, una moneda de mayor valor sobre otra de menor. Para el traslado se aprovechan, ¡claro está!, los círculos 2 y 3. Para la solución indicad cómo movisteis las monedas, o sea en qué círculo las colocabais; por ejemplo: los cincuenta céntimos al círculo 2; la peseta al círculo 3; los cincuenta céntimos al círculo 3, etc., etc.

EL PAVO GLOTÓN



El tío Juan, aquel día, había tenido que ir al pueblo a hacer unas compras y se dejó la huerta sola y al pavo tomando el sol. Cuando éste se dio cuenta de que estaba completamente solo y de que a su alcance había enorme cantidad de coles, nabos, zanahorias, patatas, etcétera, se volvió loco de alegría y empezó a dar picotazos a diestro y siniestro. Tanto comió, que cayó al suelo víctima de un cólico, quedando muerto por gloton. Buscadlo para decírselo al pobre tío Juan, pues no lo encuentra.



SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA

El gatito Mostachín y la gatita Bigoti-

na.—¡Toda la tarde jugando al escondite y a la gallina ciega! Comprendo que estéis cansados, mis queridos lectorcitos; sentaos un momento y elegid un juego apacible, de prendas... —¡Oh! Los juegos de prendas, ¡qué antigualla! ¡Qué aburrimiento!— No, el que yo os voy a proponer no se parece, por ejemplo, a «Antón Pirulero» y no os aburrirá; mi juego es... ¡un cuento!

Fijaos bien: yo os voy a contar ahora un cuento; luego, ante todos vosotros reunidos, Maruja, la más formalita de todos, y que en esto de la dicción es *un as*, lo leerá, y cada uno, sucesivamente, habrá de repetirlo *sin trabucar los acontecimientos*; el que se equivoque pagará una prenda e interrumpirá su relato.

Y no creáis que es tan fácil eso de repetir mi cuento sin equivocarse; muchos serán los que paguen prenda, y pocos, seguramente, los que lleguen hasta el fin. Ahí va el «Cuento del gatito Mostachín y la gatita Bigotina»:

«La gatita Bigotina le dice al gatito Mostachín: «Vámonos a la bohardilla a comer avellanas»; suben a la bohardilla y dice el gatito Mostachín: «Cuida de no comerte ninguna sin cascarla, porque podrías ahogarte». Pero la gatita Bigotina es golosa y atolondrada; se come una avellana con la cáscara, y la avellana se le atraviesa en la garganta. Y el gatito Mostachín, asustado, dice: «Voy corriendo a buscar un poco de tocino para suavizar la garganta de Bigotina y para que pueda pasar la avellana y no la ahogue».

«Pero el armario en que está el tocino está cerrado; suplica el gatito Mostachín: «Armario, ábrete, para que pueda coger un poco de tocino para que no se ahogue la gatita Bigotina». El armario contesta: «Ve a casa del cerrajero y dile que te regale una llave para abrirme».

«Y corre el gatito Mostachín a casa del cerrajero y le dice: «Cerrajero, cerrajero, dame una llave para que pueda abrir el armario y coger un poco de tocino para que no se ahogue la gatita Bigotina». «Dame dinero —contesta el cerrajero—, y si no lo tienes ve a pedirselo a mi vecino el quesero»

«Y corre el gatito Mostachín a la casa de enfrente: «Quesero, quesero, dame dinero para que se lo de al cerrajero, para que me de una llave para que abra el armario y coja tocino para que no se ahogue la gatita Bigotina». «Para darte dinero —contesta el quesero— necesito vender mucho queso; diles a mis vacas que me den mucha leche». Va el gatito Mostachín al prado y les dice a las vacas del quesero: «Vaquitas, vaquitas, dadle mucha leche al quesero para que fabrique mucho queso y me dé dinero para comprarle al cerrajero la llave para abrir el armario para coger el tocino para que no se ahogue la gatita Bigotina.» «Para que podamos dar mucha leche —contestaron las vacas— dile al prado que nos dé mucha hierba».

«Y dice el gatito Mostachín: «Prado, buen prado verde, da mucha hierba a las vacas para que den mucha leche al quesero para que el quesero me dé dinero para comprarle al cerrajero la llave para abrir el armario para coger el tocino para que no se ahogue la gatita Bigotina». «Para que yo dé mucha hierba —contesta el prado— dile a Dios que me mande mucha lluvia para que me riegue». Entonces el gatito Mostachín cayó de rodillas, y juntando las patitas y elevando los ojos al cielo, oró: «Dios mío, Dios mío, manda mucha lluvia que riegue el prado para que dé mucha hierba para que las va-

cas den mucha leche para que el quesero me dé dinero para que el cerrajero me dé una llave para abrir el armario para coger el tocino para que no se ahogue la gatita Bigotina».

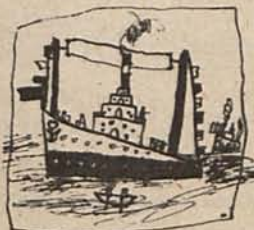
«Y Dios se compadeció del gatito Mostachín, y, sin imponerle condiciones, sin regateos, mandó lluvia abundante que inundó el prado, que se cubrió de hierba, que comieron las vacas, que dieron mucha leche al quesero, que vendió mucho queso, que le dió dinero al gatito, que se lo llevó al cerrajero, que le entregó la llave, con la cual abrió el armario, en el cual cogió el tocino que se llevó a la bohardilla para untar la garganta de la gatita Bigotina.

«Y así se salvó la vida de la gatita Bigotina, gracias al tocino que estaba en el armario, que se abrió con la llave que entregó el cerrajero a cambio del dinero que ganó el quesero con la leche que le dieron las vacas que pastaron la hierba del prado regado por las lluvias que envió Dios, compadecido del gatito Mostachín.»



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE FEBRERO



El barco de Currinche.
A. PELLICO.—Diez años.



Mi amiga.
A. M.



Una mariposa.
JULIO FERNÁNDEZ DE PAZ.
Doce años.



Una maja.
LILY MORÁN.
Once años.



Se le conoce a usted que pien-
sa en su casita de campo.
MANUEL NIETO.—Diez años.



Un trovador.
ARTURO BUENAVENTURA.—Diez años.



La casa de Pinocho.
CAYO LAGUNA.—Ocho años.

MENSAJE DE GRATITUD DE LOS NIÑOS CUBANOS A LOS NIÑOS ESPAÑOLES

Gracias, muchas gracias, ama-
dos hermanitos españoles.

Tal es la frase que todos los
niños cubanos me dicen para que
os la repita.

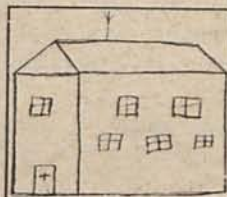
¿Cómo pagar a nuestros fa-
miliares las muestras de condo-
lencia que nos han enviado en
nuestros atribulados momentos
de angustia?

¿Cómo pagaros a vosotros el
tierno afecto que nos profesáis?
En nombre de todos mis her-
manitos los niños cubanos y en
nombre mio también, os damos
las gracias.

Recibid nuestro fraternal ca-
riño.

MERCEDES REY.

Habana.



Mi casa.
JAIME DE PINIÉS. Ocho años.



Yelmo de Marqués de la
Edad Media.
JOSÉ LLORENT.



Jarrón florentino.
TOMÁS MUÑOZ.
Málaga.



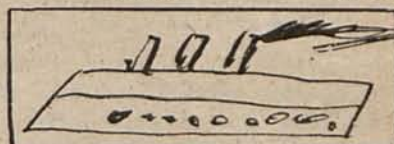
Una maja.
LOLITA DE GOROSTIZA.
Seis años.



Un molino.
JOSÉ MARÍA BORRELL.
Escorial.



Pirula en el colegio.
MARÍA NIETO.
Trece años.



El «Cristóbal Colón».
JOSÉ MIGUEL LIENO.

**CUPÓN DE COLABORA-
CIÓN PINOCHISTA**
CORRESPONDIENTE AL NÚM. 104
Envío del suscriptor (1) Don

(1) Sólo los suscriptores pueden co-
laborar en esta sección.

PREMIOS A LA COLABORACION PINOCHISTA DEL MES DE AGOSTO

Chistes.

Primer premio.—Juan Moya, Montevideo.

Segundo premio.—Alvaro García de Pruneda, Guadalajara.

Historietas.

Primer premio.—M. García Gerge y R. Álvarez Salgueiro, Or-
denes.

Cuentos.

Primer premio.—Jaime Lois, Madrid.

Segundo premio.—Oscar Luis Betancourt.

Dibujos.

Primer premio.—José Muñoz Cuéllar, Madrid.

Segundo premio.—Mariano Aranguren, Madrid.

ACCÉSITS CON DIPLOMA

Se conceden a los Pinochistas siguientes:

Chistes.

Magdalena Colmo; Victor Fernández, Soto del Barco; Prudencio
de Diego, Zaragoza; Celestino del Olmo; Joaquín Zugasti, Buenos
Aires; Alfredo Mateos, Gijón; Joaquín Fernández; José Luis Gasca,
San Sebastián; Antonio Vildósola, San Sebastián; Nelson Carvalho
Díaz, Montevideo.

Cuentos.

Pepita Eliceigui, San Sebastián; Miguel A. Paz, Barcelona; Luis
Pérez Guillén, Madrid; Enrique A. Aarón, Panamá; Concepción
Alonso, Fuenterrabía; Alicia Martínez Valderrama, Madrid; Alber-
to Lucarelli.

Dibujos.

Manuel Nieto, Madrid; S. Cabezas; Mario F. Mazas, Orense; Ju-
lián Sanz, León; Jesús Antón, Madrid; P. Muñoz; Rodrigo Utrilla;
Daniel López, Madrid; Manuel G. Martos, Plasencia; Luis M. Ibarri,
Reinosa; Felipe Bustamante, Madrid; M. Bustelos, Buenos Aires;
Leonor Velasco, Ceuta; Isidoro M. Iguito, Madrid; Giliberto A. La-
vergue, Panamá; José García de la Infanta, Madrid; Carmen Cami-
no, Madrid; José Cajal, Zaragoza; Jesús Sáenz, Vigo; E. Muñoz Cobo,

Madrid; J. González Benavente, Ceuta; José Cerón; Fernando Beni-
to, Madrid; Rafael Martínez, Madrid; Antonio Muñoz, Málaga; En-
rique Lataillade; Carlos Pittaluga, Madrid; Alfredo Díaz, Alfaro;
A. Laplana, Madrid; Angelita Domínguez; Manuel Trujillano; San-
tiago Cabezas; Angelita Adrián, Madrid.

Los premios consisten en libros de cuentos de Calleja.
El accésit consiste en un diploma con el emblema de Pino-
cho y el nombre del Pinochista diplomado.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios
en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28,
Madrid, hasta pasado un mes de la publicación del presente núme-
ro. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que en-
tregue su retrato (para publicarlo en la Revista) y que acredite ser
suscriptor, puesto que los no suscritores quedan excluidos de premios
en estos Concursos. Los que deseen recibir su premio en
su casa (sea en Madrid, en provincias o en América), deberán
escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el pre-
mio que le haya correspondido (los suscritores de América tendrán
cuatro meses para reclamarlo), acreditando asimismo ser suscriptor,
acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una pe-
seta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por
escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No
se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se
publique con la mención «Premiado con accésit».

Los Pinochistas americanos tendrán un plazo de cuatro meses
para reclamar sus premios o sus diplomas.

REGALO A LOS AMIGOS

Deseando EL GRAN CONSEJO PINOCHISTA dar una prue-
ba de particular estimación a sus amigos premiados en este Concur-
so, autoriza a cada uno de ellos para regalar a un amigo o amiga
suya un mes de suscripción de nuestro Semanario inmortal, colosal
y sin igual. Para esto bastará que el Pinochista premiado nos envíe
el nombre y dirección del amigo a quien desee hacer este regalo, y
nosotros le serviremos gratis el Semanario durante un mes.

VIDA PINOCHISTA

Publicamos en esta Sección retratos, noticias y, en general, asuntos personalmente relacionados con los Pinochistas. Por medio de ella los amigos de PINOCHO pueden entablar comunicación entre sí, sea en demanda de alguna cosa determinada o simplemente para ofrecer correspondencia, de la que puede surgir una distracción honesta, un ejercicio útil y acaso el tesoro sin precio de una buena amistad.

Insertamos a continuación algunos ejemplos de las comunicaciones que pueden enviarnos los Pinochistas para que las publiquemos en esta Sección:

El Pinochista. . . . , que vive en. . . . , calle de. . . . , núm. . . . , desearía que otro Pinochista aficionado a la filatelia sostuviera correspondencia con él para cambiar mutuamente ejemplares repetidos.

La Pinochista. . . . , domiciliada en. . . . , calle de. . . . , núm. . . . , tiene una magnífica casa de muñecas. Desearía comunicarse con otra Pinochista, también entusiasta de las muñecas, para establecer un envío recíproco de modelos de vestiditos, sombreros, bordados, muebles, decoración y todo, en fin, cuanto pueda perfeccionar y embellecer sus respectivas casas de muñecas.

Luisa M. Calle de. Coruña, desea cambiar con otros Pinochistas fotografías de su país por fotografías de otras regiones de España y de América para hacer un álbum que contenga reproducciones de todos los lugares donde se habla español.

Alvaro R. . . . , Domingo J. . . . y Antonio L. . . . , desean formar un *once* de fútbol con Pinochistas de Madrid. Dirijanse las adhesiones a. . . .

* *

Nuestra queridísima y listísima amiga María Luisa de Larra, al escribiernos dándonos su opinión sobre el tamaño de la letra que debemos poner, termina con estos estupendos versos pinochistas, que bien merecen publicarse aquí:

Recuerdos al Capitán
Y a sus chicos Tin y Ton.
Un abrazo a Potipán
Y un cachete a Cañamón.
A Currinche enhorabuena,
Un saludo a Turulato,

A Anita dos, por ser buena,
Y una gran merienda al Gato.
A Pirula un pirulete,
A Colorín un balón,
Un puñetazo a Chapete
Y a Pinocho el corazón.

Por cierto que la unanimidad en la opinión sobre el tamaño de la letra ha sido aplastante. Puede que no hayan llegado a tres los Pinochistas que han pedido letra mayor. En cambio, los que opinan que debe seguir como está son no sabemos cuantos miles. No hay, por tanto, más que hablar. Nos cuesta más cara, pero ese es el gusto de los Pinochistas y, por consiguiente, eso es lo que se hace.

Y sólo para que no crean los interesados que somos desagradecidos, expresaremos aquí nuestro agradecimiento por las palabras cariñosísimas que tantos y tantos amiguitos Pinochistas nos han dirigido en esta ocasión con elogio para los esfuerzos de nuestra buena voluntad.

No los reproducimos, primero porque son tantos que no cabrían, y segundo porque nos ruborizaríamos. Tan entusiásticos y amables son. Otra vez muchas gracias, y no dejéis de decirnos siempre todo lo que se os ocurra. Todo se agradecerá, todo se tendrá en cuenta y todo se atenderá como sea posible.

* *

Todos los suscritores de PINOCHO son listos, guapos y muchos son guapísimos. En esta galería de retratos, podrá irse confirmando la verdad de las precedentes aserciones.



Victoriano Frías Ovalle.



Pilar Baños.



Arturo Laplana.

*Si eres buen
amigo de Pinocho
envíale hoy este
Boletín de Suscripción*



D., que vive en (Población.)
se suscribe desde el próximo número a PINOCHO por (1)

UN AÑO	cuyo importe de	20 pts.
UN SEMESTRE		10 pts.
UN TRIMESTRE		5 pts.

remite a la Administración de PINOCHO en (2).
(C. de Valencia, 28, Madrid.)
En a de de 192
(Población.)
FIRMA:

(1) Bórrese lo que no convenga.
(2) En lo que sea. Puede ser Giro postal, valores declarados, cheque, sellos (en tiras, no sueltos), etc. Muchas repúblicas americanas tienen establecido el Giro postal con España.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Mi querido buho: Tenía hoy muchas ganas de verte. Mira lo que dice el último renglón de este verso. Es para confundir a cualquiera.

—Léemelo tú, porque me he dejado las gafas en casa.

—Mira lo que dice: *Y era la luz del sol, que los siglos habían escondido.* ¿No te parece que esto da mucho que pensar?

—No veo por qué.

—¿Pero es que la luz del sol se puede esconder como quien esconde una pelota? Yo creo que la luz no puede tocarse, ni cogerse, ni guardarse en ninguna parte.

—¿Pero tú no sabes, querido Chonón, que los poetas hablan casi siempre en sentido figurado? ¿Tú no sabes que ese último verso se refiere al carbón que está almacenado en las entrañas de la Tierra?

—Naturalmente que no lo sé, y por eso siento este asombro, del que necesito que tú me saques. No me basta con que me digas que el carbón es luz del sol escondida: necesito saber por qué razones llaman así al carbón.

—Muy bien, curioso Chonón, te lo explicaré en seguida. Supongo que sabrás lo que es un trozo de carbón, ¿verdad?

—Sí; lo he visto muchas veces en la cocina de mi casa. Es un carbón que llaman mineral, ¿no es eso?

—Precisamente, el mismo. Pues ese carbón, cuando se quema, desprende unos gases, que son los que se utilizan para el alumbrado; ¿ves cómo no está desprovisto de fundamento decir que el carbón es luz solar almacenada?

—No lo veo claro, a pesar de tanta luz.

—Me explicaré con más detalle, a ver si así lo entiendes. En época remotísima, y durante muchos siglos, estuvo la Tierra cubierta de una vegetación exuberante. Unos árboles corpulentísimos y unas plantas de enormes hojas formaban inmensos bosques. El calor y la luz del sol inundaban de vida a esta vegetación, cada vez más abundante. Llegó una época en que las aguas lo invadieron todo, y aquellos bosques quedaron sepultados bajo inmensas capas de barro. Al bajar de nuevo las aguas, toda aquella vegetación había desaparecido bajo la tierra. Poco a poco los troncos, las ramas y las hojas fueron pudriéndose y convirtiéndose en una sustancia blanda que es conocida con el nombre de turba. El transcurso de los siglos transformó esta sustancia en otra más dura y muy negra, que es el carbón mineral que ahora conocemos.

—¿Pero cómo siendo vegetales las plantas se han convertido en minerales?

—Por la transformación de materias que se ha efectuado a fuerza de siglos. Ya sabes que en la Tierra todo se transforma y que, a medida que el tiempo pasa, todas las cosas dejan de ser lo que son para convertirse en otras nuevas. En esta transformación de los vegetales, parece como si el calor y la luz que tantos siglos recibieran del sol estuviesen aprisionados en las profundidades de las

minas y deseando recuperar la libertad para reportarnos tantas utilidades.

—Es cierto, porque yo creo que no hay mineral tan útil al hombre como el carbón.

—Como que, gracias a él, tenemos energía para las fábricas, para los trenes y para los buques; luz para el alumbrado y fuego para cocer nuestros alimentos.

—Hablas, querido buho, lo mismo que si fueses una personita. Como si las fábricas, los trenes, los buques, el alumbrado y la calefacción fuesen cosas que a ti te reportasen beneficio alguno.

—Ya sabes, mi buen Chonón, que yo soy un buho que no vive como los demás buhos. Mi misión es la de ser tu maestro, y este trato que sostengo contigo me ha habituado ya a las costumbres humanas. ¿No has visto que en mi casa tengo encendida una estufa?

—Es cierto.

—Eso te demostrará que aprovecho la utilidad del carbón. Antiguamente hubo gentes tan torpes que creyeron que el humo del carbón era pernicioso para la salud, y hasta hubo monarca en Inglaterra que prohibió el uso de este mineral.

—¿Y con qué guisaban entonces?

—Con leña; pero, a medida que ésta fué escaseando, se sintió más la necesidad de utilizar el carbón, hasta que llegó el momento de aceptar la libre industria de este combustible.

—Yo tengo muchos deseos de ver una mina de carbón. Debe de ser muy curioso.

—El día que la veas te darás perfecta cuenta de lo penoso que es para el hombre el trabajo en las minas. En ellas verás que tienen que trabajar los obreros casi desnudos, por el calor asfixiante que hace en las galerías, y en ocasiones trabajan echados de costado o de espaldas sobre el suelo y expuestos a las frecuentes explosiones de un gas que se desprende de este mineral y que cuestan a menudo el sacrificio de muchas vidas.

—Entonces no podrán encender ninguna luz.

—Tienen necesidad de encenderlas, porque a oscuras no sería posible el trabajo; pero utilizan unas linternas llamadas de seguridad, que aíslan la llama con una tela metálica especial. Pero otro de los peligros es el hundimiento. Hay veces que, al hundirse una galería, quedan aislados todos los mineros que están debajo de ella.

—¿Y no se pueden salvar?

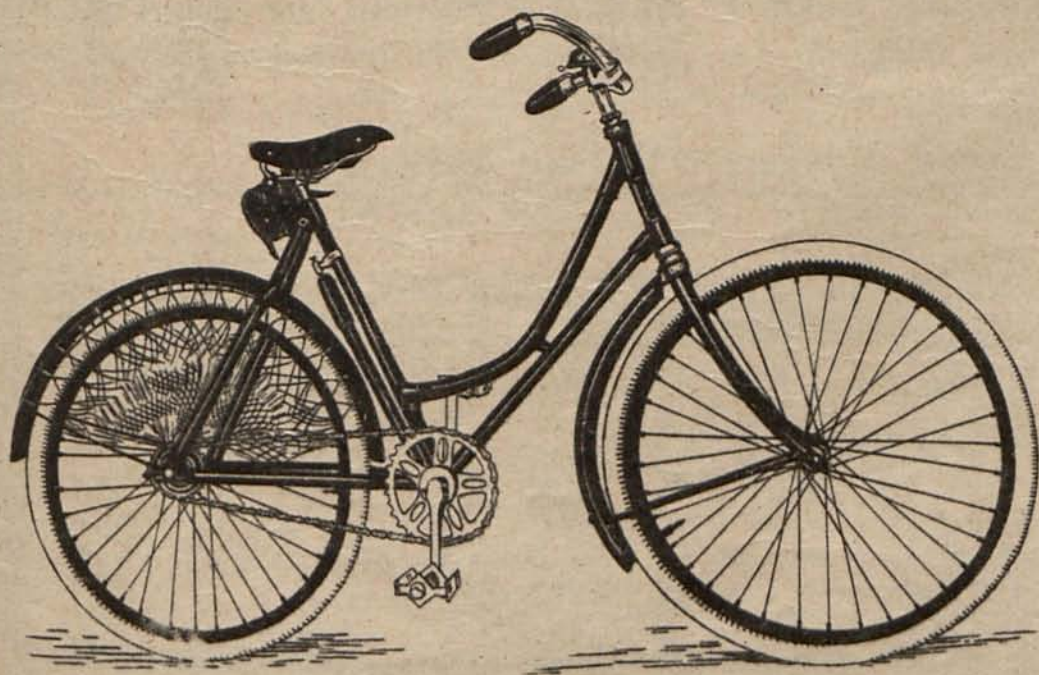
—Unas veces sí y otras no.

—Es horrible, querido buho. No me hables más de estas cosas, porque me estás entristeciendo.

—Pues, mira, vámonos a mi casa, y allí, al calor de la estufa, te contaré un cuento de hadas y castillos encantados.

—Delicioso. Vámonos allá.

—Vamos.



MAGNÍFICA BICICLETA
QUE REGALO A MIS
SUSCRITORES EN MI
TERCER
GRAN SORTEO
DE
REGALOS

Pinocho



CORRESPONDENCIA



Eustaquio Ureta.—Me ha gustado extraordinariamente tu dibujo. Lo verás publicado en cuanto le llegue su turno. Abrazos de Colorín y toda su pandilla.

Pompeya Lizauz Santos.—Tu gran amiga Pirula ha leído y releído los inspiradísimos versos que has tenido la gentileza de dedicarle. Muchas gracias en nombre de Pirulita y a esperar verlos en las páginas de mi Revista. Abrazos.

Alfredo Pérez.—He recibido dos magníficos dibujos tuyos y te felicito por las condiciones admirables que tienes para ser un estupendo dibujante. Pero dime, querido Alfredo, ¿no sabes que el Gran Consejo Pinochista ha tenido que tomar el acuerdo de reservar la Colaboración y los Concursos a los suscritores de mi Revista? Yo lo he sentido muchísimo, muchísimo, porque ello me priva de poder dar a la publicidad trabajos como los tuyos y de otros queridos amigos que verdaderamente son dignos de que todos los Pinochistas los hubieran admirado; pero los derechos de los Pinochistas suscritores son para mí sagrados y hay que respetarlos, simpático Alfredo. Si lees el periódico con detenimiento podrás comprobar lo que te digo y encontrarás además otras muchas ventajas de que sólo disfrutan los suscritores. Te envío muchos abrazos.

Antonio R. Maribona.—Siento que tu soberbio caballo no sea de carne y hueso porque yo apostaría por él en todas las carreras. Me admira la facilidad con que vence los obstáculos que se le ponen por delante. Es un señor caballo, amigo Antonio. Y ya que no puedo darme el gusto de verlo galopar en el hipódromo, haremos que aparezca en mi Revista para que todos puedan contemplarlo y admirarlo. Currínche, Don Turulato y Morronguis me encargan muchos abrazos para ti.

Toñi Holeón.—Tengo que repetirte exactamente lo mismo que digo anteriormente a mi amigo Alfredo Pérez. Y me causa el mismo pesar no poder publicarte ese lindo dibujo que me has enviado. Don Turulato, al ver su «Granja» y saber que no puede salir en mi Revista, ha pronunciado un «¡me-cachis!» que es un poema de dolor. ¡Qué lástima, amiguito Toñi, que no lo pueda publicar! Te abrazo cariñosamente.

Joaquín Donato.—Tu sentidísimo cuento entra en turno para publicarse. Es una lección de amor a los pájaros que habla muy bien de tus sentimientos. Además, está preciosamente escrito: sencillo, claro y muy sustancioso. Adelante, querido Joaquín. Muchos abrazos.

Pepito Sanchis.—Muy bonitos tus dibujos, pero no puedo publicártelos porque están hechos a lápiz. Si repasas los números de mi Revista, verás que constantemente estoy proclamando la necesidad de que para reproducir los trabajos es preciso que éstos estén hechos con tinta. No olvides esto, porque es una cosa indispensable. Tuyo.

Pinocho

TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES

Más de 2.000 pesetas de premios.

Entrarán en este sorteo todos los Pinochistas que estén suscritos a PINOCHO el día 30 de abril de 1927, cualquiera que sea la fecha de su suscripción.

PRIMER PREMIO

Una magnífica bicicleta.

SEGUNDO PREMIO

Una estupenda caja de soldados.

TERCER PREMIO

Veinte duros en dinero.

CUARTO PREMIO

Una muñeca.

QUINTO PREMIO

Una carretilla con su cubo y otros utensilios.

SEXTO PREMIO

Un balón de fútbol.

SÉPTIMO PREMIO

Una pluma estilográfica.

OCTAVO, NOVENO Y DÉCIMO PREMIOS

Un año de suscripción a PINOCHO, gratis.

11.º, 12.º, 13.º, 14.º, 15.º, 16.º, 17.º, 18.º, 19.º, 20.º, 21.º, 22.º, 23.º, 24.º, 25.º, 26.º, 27.º, 28.º, 29.º, 30.º, 31.º, 32.º, 33.º, 34.º, 35.º, 36.º, 37.º, 38.º, 39.º, 40.º, 41.º, 42.º, 43.º, 44.º, 45.º, 46.º, 47.º, 48.º, 49.º, 50.º

PREMIOS

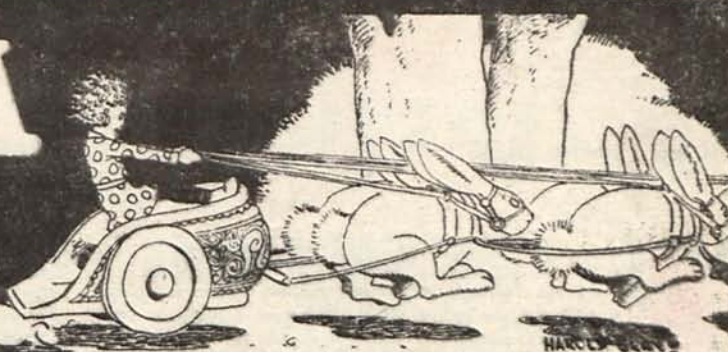
Un lote de libros.

PARA este sorteo no hay más billetes que los recibos de suscripción. Cuando sepamos cuáles son los números premiados, veremos cuáles son los recibos de suscripción que tienen esos números y publicaremos los nombres de los suscritores favorecidos, como hemos hecho en los sorteos anteriores.

Si eres suscriptor ya estás incluido, sólo por serlo en el TERCER SORTEO.

Si no eres suscriptor, suscríbete antes del 30 de abril de 1927 para entrar en el TERCER SORTEO.

ANITA BUEN- CORAZON



¿DÓNDE DIABLOS SE HABRÁ METIDO ESTE PELUCHO QUE NO HA VENIDO A CASA EN TODO EL DÍA! ¡AQUÍ VEO LAS PISADAS SUYAS



LAS SEGUIRÉ, PORQUE ESSEGURO QUE AL FINAL DE LAS PISADAS ESTARÁ EL



A VER SI A LO MEJOR HA CAIDO EN UN CEPO
NO, AQUÍ NO ESTA



SE VÊ QUE HA SEGUIDO POR ESTE CAUCE ADELANTE...



AHORA PARECE QUE AL FIN SE DIRIGEN LAS HUELLAS HACIA CASA. LO MENOS HE ANDADO DIEZ KILOMETROS SIGUIÉNDOLE



¡CALIENTE, CALIENTE! DEBO DE ESTAR YA MUY CERCA DE ÉL. ESTAS PISADAS SE VÊ QUE SON MUY RECIENTES!



¡ESTO NO ES POSIBLE! ¡LAS PISADAS LLEGAN HASTA AQUÍ Y AQUÍ TERMINAN!



PERO... ¿CÓMO?... ¡LAS HUELLAS DESAPARECEN!



¡ÉL NO PUEDE VOLAR! ¡ALGO ESPANTOSO LE HA SUCEDIDO!... ¡YO ME VOY A VOLVER LOCA SOLO DE PENSARLO!



¿PERO QUÈ PUEDE HABER SIDO? ¿SE LO HABRÁ TRAGADO LA TIERRA?



¡CLARO! ¡LA NIEVE QUE CAE DEL TEJADO HA TAPADO TUS HUELLAS DE MODO QUE YO LOCA BUSCANDO TE TODO EL DÍA Y LAS GRACIAS QUE ME DAS ES ESTARTE AHÍ RIÉNDOTE COMO UN TONTO?



ASI EMPIEZA " PINOCHO EN BABIA "

(De la estupendísima SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE que ha hecho universalmente famosos al incomparable muñeco de madera y a su astado rival de trapo.)

I



Si, indudablemente, Pinocho se aburría.

Había visitado ya, como sabéis, todos los países habidos y por haber, desde la China a Jauja y desde la Luna al fondo del mar. ¿A dónde ir?

Desde hacía algún tiempo, su implacable enemigo Chapete, escarmentado, sin duda, por sus repetidas derrotas, no daba señales de vida, oculto, quizás, en algún punto ignorado de la tierra o del mar, acaso en su castillo de «Subirás pero no bajarás».

¿Contra quién luchar, a quién vencer?

Por otra parte, ningún peligro aparente amenazaba el trono de ninguna princesa o la dicha de ningún ser humilde y desamparado. ¿A quién proteger y salvar?

Y Pinocho, el gran aventurero, se aburría y hasta perdía la gana de comer.

Un día se acordó de que tenía un amiguito...

¿Cómo un amiguito? —exclamaréis vosotros—. ¿Acaso no son amigos suyos todos los niños del mundo?

En efecto, así es; pero aun queriendo a todos en general y a vosotros en particular, Pinocho tenía cierta predilección por Periquín, a quien conocía de antiguo —todo lo antiguo que se puede conocer a un caballero de ocho años y medio— y porque, además, era muy bueno.

Muy bueno, sí, pero muy atolondrado y más distraído que un chorlito. Y así le llamaba su mamá, Chorlito, porque decía que este nombre le sentaba mejor que el de Periquín. ¡Cosas de las mamás!

Pues, como os iba diciendo, aquel día, Pinocho fué a visitar a su amigo Chorlito, y su mamá que era muy amable y, además, conocía el defectillo de su ilustre huésped (también vosotros sabéis que este defectillo, el único que tiene Pinocho, es el de la golosina) le sirvió una merienda exquisita.

Y cuando los dos amiguitos, después de haber jugado a las construcciones, se sentaron a la mesa, la mamá le dijo a su hijo:

—Anda, Chorlito, ofrécele al Sr. Pinocho un emparedado de jamón y una taza de te.

Chorlito se apresuró a obedecer el mandato materno, pero —¡milagro hubiera sido!— con su distracción y atolondramiento de siempre, cogió un emparedado y lo metió en la taza de Pinocho; luego agarró la tetera y, ¡cataplum!, vertió el te sobre las rodillas de su ilustre amigo. Afortunadamente para Pinocho, el te no estaba hirviendo. La pobre señora estaba compungidísima.

—¡Ay! Señor Pinocho —gimió—, perdone usted a este insoponible Chorlito; ya sabe usted que este hijo mío está casi siempre en Babia.

No hizo falta más. No bien había pronunciado la buena señora estas palabras, cuando Pinocho, que se estaba secando con una servilleta su magnífico pantalón escarlata, levantó la cabeza, abrió desmesuradamente los ojos, se dió una palmada en la frente, se puso en pie, dió un salto y salió disparado sin despedirse siquiera, dejando a Chorlito y a su mamá con la boca abierta.

¿Qué había sucedido? ¿Acaso el glorioso Pinocho, espejo de muñecos corteses y bien educados, se había vuelto loco?

¡Oh! no, ni mucho menos. Lo que pasó es que las palabras de la dama habían sido una revelación para nuestro héroe: ¡Babia! He aquí un país donde él no había estado. Un país conocidísimo, del que todo el mundo hablaba y donde él, Pinocho, el viajero infatigable y universal, no había puesto los pies todavía.

¿Para qué decir más? Aquella misma noche —después de escribir una carta pidiendo perdón a la señora mamá de Chorlito por su salida precipitada—, Pinocho se fué a la estación y tomó un billete de ferrocarril para Babia, con suplemento de «Sleeping car» y todo.

II



Después de un feliz viaje llegó a Babia nuestro aventurero.

Al bajar del tren, llamó a un mozo para que le cogiera el maletín, cosa que el mozo hizo amablemente; pero a los pocos pasos, siempre con la mayor amabilidad, el mozo dejó el maletín en el suelo y sacando una peseta se la entregó al viajero.

—¿Qué es esto? —preguntó asombrado Pinocho.

—El precio del servicio —contestó el mozo—, no damos propina.

Y dicho esto volvió la espalda y se fué a su sitio a esperar nuevos viajeros.

—Este tío es tonto —exclamó nuestro héroe sin acordarse de que estaba en Babia donde todos sus habitantes eran... babiecas. Y sin más comentario, se dirigió a un coche de punto con intención de tomarlo.

Al verle acercarse, el cochero se apresuró a desenganchar el caballo y meterlo dentro del coche y, con gesto aun más amable que el del mozo, se dispuso a enganchar a Pinocho en lugar del animal.

Esta era la manera que tenían los babiecas de tomar un simón: tirando ellos del coche y sentando dentro al caballo.

Pero a nuestro amigo Pinocho no le pareció bien este sistema de locomoción y prefirió tomar un automóvil.

Los había magníficos; precisamente aquel a que Pinocho se dirigió era nada menos que un cuarenta caballos y de ello no cabía la menor duda por que, en Babia, los automóviles llevan los caballos enganchados, de carne y hueso, para que tiren de ellos. Ahora que, estos caballos, no beben más que gasolina.

—¡Poco deprisa que me van a llevar estos briosos corceles! —se dijo Pinocho entusiasmado.

Pero ¡ay!, no fué así; porque en Babia, los automóviles, los tranvías, los coches, las motos y los carros van por las aceras, dejando el centro de la calle a los transeúntes; y como las aceras son muy estrechas, todos los vehículos tienen que ir a paso de procesión y en fila, con una velocidad de tortuga reumática!

Desde el auto iba descubriendo Pinocho cosas extrañas en aquel extraño país.

Vió, por ejemplo, que las casas estaban al revés que en otras partes; las construían boca abajo, puesto que el tejado estaba en el suelo, con lo cual los sótanos estaban en lo más alto y las bohardillas a ras de tierra. Para ascender hasta el portal, que estaba colocado arriba, los babiecas tenían que subir cinco o seis pisos por unas escaleras colocadas en las fachadas y luego bajaban en ascensor a sus cuartos respectivos; porque en Babia sólo se utilizaban los ascensores para bajar.

Otras de las cosas absurdas eran las tiendas. Los vestidos y sombreros de señora se vendían en las hojalaterías, los juguetes en las carbonerías, el carbón se despachaba en las farmacias, en las joyerías se vendían pucherros, cacerolas y palanganas, y en las zapaterías las damas tomaban dulces y pastelitos mientras que los caballeros bebían grandes *bocks* de cerveza en las tiendas de objetos de escritorio.

El *Heraldo de Babia*, voceaban los vendedores de periódicos.

Y la gente se amontonaba a comprarlos para tirarlos en seguida sin desdoblarlos siquiera.

—¡Qué raro! —exclamó Pinocho— ¿por qué no lee esa gente los periódicos que compra?

—Porque están escritos en chino y aquí nadie sabe el chino —contestó el «chauffeur»

con la mayor naturalidad del mundo.

Nuestro héroe no volvía de su asombro.

Mientras tanto el automóvil seguía caminando tan despacio, que ya hacía siete horas que Pinocho lo tomara y aun no había salido de la primera calle. Y, naturalmente, se hizo de noche y todo quedó a oscuras.

—Oiga, amigo —preguntó Pinocho al «chauffeur» —, ¿es que en este pueblo no hay luz?

—¿Cómo que no? —contestó el interrogado con indignación— Naturalmente que la hay, y eléctrica y todo.

—¿Pues por qué no la encienden?

—¿Y quién le ha dicho que no se enciende? ¿No se ha fijado usted que los faroles han estado encendidos hasta ahora?

—¡Cómo! ¿Encendidos de día?

—Natural, señor; y al llegar la noche se apagan por que con la oscuridad no se verían las luces.

Pinocho se quedó con la boca abierta ante esta salida. Decididamente toda aquella gente estaba... en Babia.

III



A fin, nuestro héroe llegó a una fonda, cuando ya el sol brillaba en el horizonte. A la puerta, en grandes letras, la muestra decía: «Fonda del mal trato» «La peor servida y la más cara de Babia».

Naturalmente, era ¡a más concurrida. Al llegar Pinocho, una elegantísima dama, con traje de cola, se apresuró a cogerle el maletín y un señor correctamente vestido de frac le guió llevando una vela en la mano.

Si quieres leer la preciosa continuación de esta estupenda aventura y no la encuentras en tu librería, escribe a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, MADRID, pidiendo que te envíe PINOCHO EN BABIA, y remitiendo su importe (1,50 pesetas), y lo recibirás inmediatamente aunque vivas en América.